



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 9 DE JUNIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## La caída de Usher

LA HISTORIA DE LA ORQUÍDEA Y LA MUECA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Mis padres habían llegado en avión, de Monterrey a la Ciudad de México, un día antes del evento. Los recogí en el aeropuerto. Para mi sorpresa, venían en silla de ruedas, siendo empujados por sendos empleados de la base aérea, mientras otro traía las maletas en un diablito. Mis Padres habían solicitado el traslado de la pista de aterrizaje a mi auto en silla de ruedas. En realidad, mi padre había sufrido una caída al salir de la casa en Monterrey, cuando iban a tomar el taxi al aeropuerto. Descendió tres escalones, del pórtico a la cochera, cuando cayó de lado y no pudo meter la mano. Mi Madre lo ayudó a levantarse y se lastimó el músculo de la cintura. Venían tarde. Subieron al carro que los esperaba para el traslado, con la adrenalina al tope. En el trayecto, mi padre comenzó a dolerse aún más de su cadera.

Arribaron al aeropuerto y mi Padre no podía bajar del auto. El chófer fue a buscar a algún empleado de servicios aeroportuarios que lo trasladara en silla de ruedas. Veinte minutos más tarde regresó con alguien para ello. "¿Usted también quiere silla de ruedas, Doña?" "Ay, se lo agradecería". "Ahorita que documentemos la pedimos", le respondió el encargado del traslado, a mi Madre.

Finalmente arribaron a la Ciudad de México, subieron a mi auto y los llevé a comer lo que se les antojaba en esos momentos: Un cóctel de camarones. Los dejé en el restaurante en la colonia del Valle mientras yo fui a dejar el auto al estacionamiento del departamento, a cuatro cuadras de distancia. Regresé y ya estaban entretenidos, saboreando su copa con camarones, aguacate, salsa cátsup, jugo de limón y demás ingredientes. Cuando terminamos, caminamos de regreso al departamento. Mi padre tenía que detenerse constantemente y recargarse en cualquier barda. Le seguía doliendo la cadera. Finalmente llegamos y subimos en elevator al segundo piso. Se sentaron en dos sillones individuales. Toqué para ellos, en unas bocinas conectadas a mi laptop, la pieza que escucharíamos al día siguiente en la Sala Manuel M. Ponce, pero ese día, con los sonidos de la librería de un programa musical: Una obra que había compuesto para orquesta de cuerdas, piano y batería. Por eso habían venido desde Monterrey, a escuchar al día siguiente la obra de su hijo que se estrenaría en Bellas Artes. Pero el dolor en la cadera de mi padre se intensificaba cada quince minutos. Su rostro revelaba un dolor cada vez más amargo. ¿Se había quebrado la cadera? ¿Requería ser internado para una operación?

"¿Quieres que te lleve al hospital?". "Fíjate que sí", me dijo apenado. Lo subí a un taxi y llegamos a la clínica. No tuvimos que esperar mucho. Nos pasaron al cubículo del médico. Explicué la



situación: La caída seis horas antes, el viaje en avión, la caminata del restaurante de mariscos al departamento, el sillón donde mi padre se dolía cada vez más, el viaje en taxi al hospital... y el concierto del día siguiente. Lo pasaron a radiografía. Yo me mordía las uñas: ¿Iba yo a poder estar en Bellas Artes para escuchar mi obra? Esperé en la sala de espera.

Veinte minutos más tarde: una enfermera me llamó: Regresé al área de médicos, al mismo cubículo donde ya había estado. Mi padre se encontraba sentado en una silla, frente al doctor. "Siéntese", me dijo el médico, señalando la silla vacía.

Me explicó que le habían tomado varias radiografías de la cadera. "Mire, venga, asómesese", y me las enseñó en la pantalla de la computadora. "Esta es la vista de frente y esta otra es la vista lateral". A mí se me secaba la boca. "Lo que su padre trae es un dolor muy fuerte por el golpe, pero... la cadera no está quebrada... ni siquiera trae un esguince, está enterita. Le voy a enviar las radiografías a su celular. Con analgésicos adecuados va a ir pasando el dolor y: Don: mañana sí podrán ir al concierto". Yo me quería hincar frente al médico por su sabiduría.

Le enseñé el programa de mano, la foto de los músicos, le expliqué lo que era una orquesta de cuerdas... en fin, quería explicarle hasta lo que eran un piano y una batería. "Lo entiendo; yo también soy músico", me dijo, "canto en el coro de la Filarmónica de la UNAM y sé lo importante que es esto para usted y para su padre. Mire: aquí está la receta

del Paracetamol. Cada seis horas. Dos tabletas", y me extendió el pedazo de papel firmado y con sello, junto con una sonrisa que casi rayaba en una carcajada que se le quería escapar al Señor Doctor.

POESÍA Y PROSA POÉTICA:  
¿REALIDAD O SUEÑO?  
OLGA DE LEÓN G.

*"Mientras te mueres, yo muero"*  
Soñar que me sueño.  
Vivir que vivo o muero.  
Viajar cual cada noche,  
en carruaje alado  
por entre nubes y estrellas:  
es el sentido de la vida  
que hoy vivo contigo.

Érase que se era, -en un lejano lugar, cuyo nombre he olvidado y a donde no sabría cómo llegar- ya que una sola vez en la vida allá fui, y no estoy cierta ni segura si en realidad fui, o solo soñé que había ido.

Lo único que sí tengo por cierto y seguro es lo que entonces viví:

Tres pájaros se me aparecieron en distintos momentos, los tres hermosos y muy coloridos... Con una característica increíble: los tres hablaban, bueno conmigo hablaban, y me dijeron cosas importantes para la vida y el momento que entonces y hoy atravieso.

Uno me habló de la importancia que debe tener en nuestras vidas vivir con tranquilidad, ser mesurados en todo y nunca apresurarnos demasiado; no más de lo que el tiempo nos lo requiere: no

por correr mucho se vive más; ni quien hace mucho puede atribuirlo a que se apresura con las cosas, sino a que prevé y da prioridad únicamente a lo necesario; lo demás va saliendo a su paso.

Otro me recordó que la vida es corta, pero no tanto como para no tomarnos nuestro tiempo y descansar cuando el cuerpo o la mente lo exigen. No importa cuánto vivas, nunca podrás hacer cuanto quisiste, por ello es importante tomar decisiones y no perder nuestro tiempo en tareas ni en imposibles: hay tareas para pequeños de cerebro o razón, gigantes de ilusiones o fantasías, y para humanos sensatos -como cualesquiera- que no estén peleados con el sentido común.

El tercero, que parecía -ante mi humilde juicio y cuidadosa observación- el más inteligente y sabio (quizás también el más experimentado y viejo), solo me dijo:

Tú sola tú, eres la dueña de tus actos y tu destino. No importa cuántos te aconsejen y digan qué sí y qué no hacer, tú tienes el sartén por el mango. Y, harás lo que creas o consideres lo mejor para ti, para los tuyos y para el momento que estés viviendo. Por eso, piensa mucho, repiensa y reconsidera y hasta que estés segura de qué te conviene hacer, entonces hazlo.

De esa forma nadie más que tú podrá ser responsable de las consecuencias.

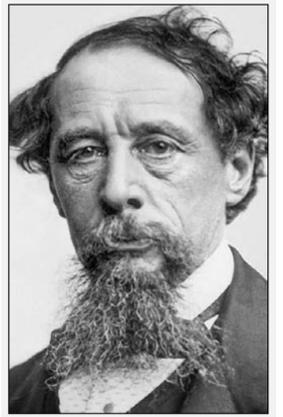
Mi sueño o vivencia no pareciera que terminaba allí. Pero, los tres hermosos pájaros, en cuanto terminó de hablar el tercero, elevaron alas y emprendieron su vuelo hacia el infinito.

Nunca me sentí más sola que cuando ellos ya no estaban junto a mí. Pero, pronto descubrí que no estaba sola: mi compañero de vida, mi amor de hace muchas años y padre de mis hijos, seguía aquí, calladamente, cada vez más silencioso y cansado, pero aquí estaba y yo aún tenía que cuidarlo... Y, ahora, quizás ayudarlo a bien vivir sus últimos momentos, o bien morir mientras ambos soñamos que la muerte nos acecha y que Dios pareciera haberse olvidado de ambos.

No le hablé de mi viaje al país de las fantasías donde los sueños se vuelven pesadillas o increíbles realidades... No le conté de los tres pájaros que me hablaron de la vida; pero, ni falta hizo.

Él los había visto y escuchado. Me dijo, pausadamente: Los tres pájaros son tu conciencia, solo que muy a tu estilo creativo y literario, a tu conciencia le diste alas y la vestiste de colores vivos, pues casi siempre vives entre grises, negros y blancos.

Y pediste por ambos, pediste lo que a Dios le venimos pidiendo desde hace unos días o quizás dos semanas. Pero, Él se hace el desentendido, o parece no escucharnos. Ni modo, mi amor, tendremos que seguir esperando a que se realice Su Santa Voluntad; yo seguiré pidiéndole, que ya me recoja...



Charles Dickens

(Portsmouth, Reino Unido, 1812 - Gad's Hill, id., 1870) Escritor británico, máximo exponente de la novela realista decimonónica en Inglaterra, como lo fueron Stendhal, Balzac y Flaubert en Francia y Galdós y Clarín en España. En 1822, con diez años, el pequeño Charles se trasladó con su familia de Kent a Londres, y dos años más tarde su padre fue encarcelado por deudas. El futuro escritor entró a trabajar entonces en una fábrica de calzados, donde conoció las duras condiciones de vida de las clases más humildes, a cuya denuncia dedicó gran parte de su obra.

Autodidacta, si se excluyen los dos años y medio que pasó en una escuela privada, consiguió empleo como pasante de abogado en 1827, pero aspiraba ya a ser dramaturgo y periodista. Aprendió taquigrafía y, poco a poco, consiguió ganarse la vida con lo que escribía; empezó redactando crónicas de tribunales para acceder, más tarde, a un puesto de periodista parlamentario y, finalmente, bajo el seudónimo de Boz, publicó una serie de artículos inspirados en la vida cotidiana de Londres (Esbozos por Boz).

El mismo año, casó con Catherine Hogarth, hija del director del Morning Chronicle, el periódico que difundió, entre 1836 y 1837, el folletín de Los papeles póstumos del Club Pickwick, y los posteriores Oliver Twist y Nicholas Nickleby. La publicación por entregas de prácticamente todas sus novelas creó una relación especial con su público, sobre el cual llegó a ejercer una importante influencia, y en sus novelas se pronunció de manera más o menos directa sobre los asuntos de su tiempo.

En estos años, evolucionó desde un estilo ligero a la actitud socialmente comprometida de Oliver Twist. Estas primeras novelas le proporcionaron un enorme éxito popular y le dieron cierto renombre entre las clases altas y cultas, por lo que fue recibido con grandes honores en Estados Unidos, en 1842; sin embargo, pronto se desengañó de la sociedad estadounidense, al percibir en ella todos los vicios del Viejo Mundo. Sus críticas, reflejadas en una serie de artículos y en la novela Martin Chuzzlewit, indignaron en Estados Unidos, y la novela supuso el fracaso más sonado de su carrera en el Reino Unido. Sin embargo, recuperó el favor de su público en 1843, con la publicación de Canción de Navidad.

En 1849 fundó el Household Words, semanario en el que, además de difundir textos de autores poco conocidos, como su amigo Wilkie Collins, publicó La casa desierta y Tiempos difíciles, dos de las obras más logradas de toda su producción. En las páginas del Household Words aparecieron también diversos ensayos, casi siempre orientados hacia una reforma social.

La gira que inició en 1867 por Estados Unidos confirmó su notoriedad mundial, y así, fue aplaudido en largas y agotadoras conferencias, entusiasmo al público con las lecturas de su obra e incluso llegó a ser recibido por la reina Victoria I de Inglaterra poco antes de su muerte, acelerada por las secuelas que un accidente de ferrocarril dejó en su ya quebrantada salud.

*ad pédem literae*

Tener fe significa no querer saber la verdad

Friedrich Nietzsche

Letras de buen humor

Los monos son demasiado buenos para que el hombre pueda descender de ellos

Friedrich Nietzsche

Elmer Mendoza

## Ignacio Trejo Fuentes

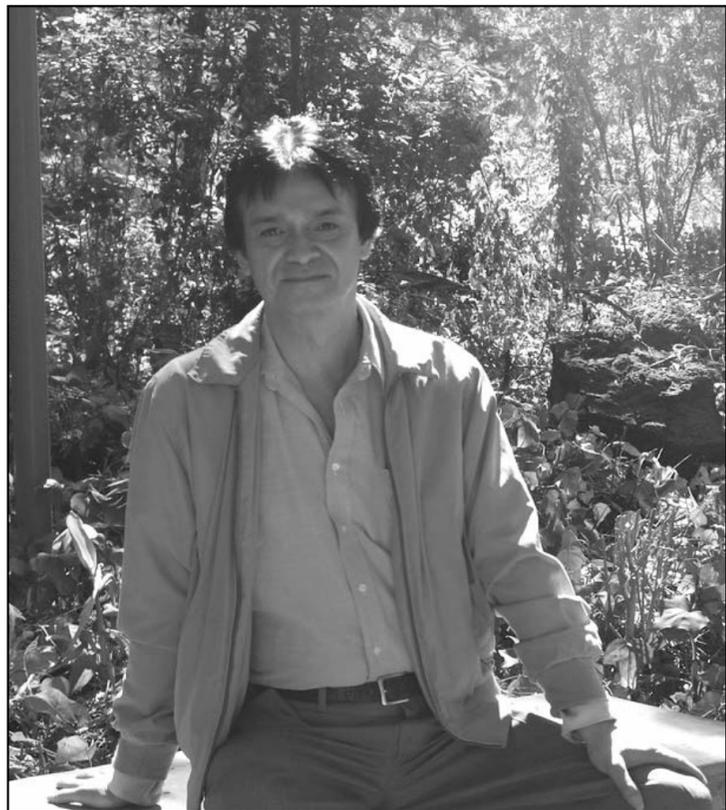
Hace días que no baila el muñeco, el caballo no se explica por qué no aparece el vaquero más auténtico que existió. El caballo loco, ese sitio cutre donde vimos llorar al cantante de la orquesta mientras cantaba "Perfume de gardenias" y el ron rolaba machín. Ignacio Trejo Fuentes se nos adelantó. ¿Supiste que tu equipo quedó campeón? No te enteraste pero te informo que ahora tendremos presidenta, una chava de la UNAM que prefirió estudiar física a ser gerontóloga. Aunque sabemos que estabas enfermo nos sorprendió tu partida. Al Juanjo se le quebró la voz. La noticia fue como un penalty cobrado por Cristiano Ronaldo. Un puñal de esos que parten los días sin salpicar. Chuy Hidalgo se quedó sin palabras.

Leonor a quien Leonor merece, dijiste cuando conociste a esa chica de ojos grandes que se convirtió en mi esposa. María Paredes, no olvida cuando presentaste Crónicas romanas en la universidad del Gato de Lara, y el sufrimiento porque se acabó la cerveza. Afortunadamente César Ibarra solucionó el problema, algo que cuenta en su libro, Las trampas de la fea. Fue tan fructífera tu presencia en Culiacán que es parte de nuestra memoria cultural. Cuando llegabas, llevabas la literatura del brazo, conversabas con ella y definías los años según la calidad de los libros publicados. Tu evaluación aparecía en diciembre y ese día sumabas amigos y enemigos. Una noche en el San Pancho un compa te reclamó y con tres brindis quedó contento. Uno por Juan Rulfo, otro

por Carlos Fuentes y uno más por Fernando del Paso. No pocos afirmaban que eras el crítico que más leía literatura mexicana y el más esclarecedor de lo que se escribía en ese tiempo. Arturo Trejo Villafuerte estaba con nosotros pero no quiso leer poemas.

Trabajaste con Gustavo Sainz en el INBA, en la revista de Bellas Artes donde publicaban las nuevas generaciones. En las oficinas de la Torre Latino vimos un par de veces a una joven de cabello largo y rizado que era una belleza. Alessandra Luiselli. Eso ocurrió porque solicité a Sainz la presentación de mi primer libro en la librería de Bellas Artes. El público se sentaba en una escalera. Quince años después me contactaste que a Gustavo le gustó mi libro, aunque sólo leyó dos o tres líneas. Gracias Nacho. Fue un gran estímulo para mí. No recuerdo si te dije, pero la revista de que hablo además de los textos inéditos, contenía verdaderas lecciones sobre al arte de escribir. Allí leí que Jules Renard expresó que los novelistas somos verdaderas bestias de carga, que cualquiera escribe una página, pero pocos trescientas y los que lo hacen genialmente, se cuentan con los dedos de una personaje de Alfred Hitchcock. Cuántas cosas, Nacho Trejo, cuántas.

Me dijo Juanjo que te enterraron en un pueblo de Hidalgo en una ceremonia especial. Sin duda tu familia eligió el silencio porque muchos nos enteramos uno o dos días después de tu partida. Una



tarde nos encontramos en la Feria del Libro de Pachuca. Llegabas. Siempre con esa sonrisa que abría puertas y corazones. Delgado, bien vestido, impelido por el deseo de compartir tus conocimientos. Fue lindo ver cómo eras recibido, con más respeto a lo que significas para la literatura mexicana que por tu aparente

fragilidad. Esa tarde los relojes se retrasaron varios años. Gracias por todo Nacho, hombre hecho de palabras. Gracias por meter a Culiacán en tu corazón y contribuir a desarrollar el universo literario que somos y que sigue creciendo.

Gracias amigo.